

El Sentido de la Evolución Humana

Por el Dr. Leopoldo Salazar Vintegra *

La elección de un tema para este trabajo de ingreso no ha sido para mí motivo de grandes dubitaciones: adredemente he desechado los variados temas de asuntos neuro-psiquiátricos que la práctica diaria nos ofrece, por considerar que son ellos apropiados a una sociedad de especialistas; y también por haber querido brindar a esta Academia un esfuerzo más generoso que desborde los límites de nuestros habituales menesteres clínicos, pretendiendo así también ganar merecimiento para ocupar el sitio que se me ha designado en la Sección de Neuro-psiquiatría; espero así que mi trabajo tenga, al mismo tiempo que la raigambre científica en cuya disciplina ha transcurrido mi vida de estudiante y profesionista, el alcance humano a que aspira; desconocedor en gran parte de las costumbres y tradición de la Academia, temo que el asunto tratado pueda resultar un tanto insólito, pero espero que se le reconozca como síntesis de once años de labor oscura e improductiva dentro de un manicomio, y reclamo únicamente la limpieza de su origen y de su intención.

A nadie parecerá extraño que la psicología en su evolución se haya desplazado un tanto del gabinete a la clínica psiquiátrica; que a los estudios un tanto ingenuos de tiempos de reacción, percepciones y todo lo que en realidad no es sino fisiología de los sentidos, se les substituya por el estudio de la conducta humana, de sus anomalías y el determinismo a que obedecen; harto complejo es dicho estudio; frecuentemente inextricable; sin embargo, es notorio el avance que sobre terreno firme permiten métodos como el de reflejos condicionados de Pavlov, que ha llegado a explicar así fenómenos psíquicos tan oscuros como el de la alucinación, siquiera sea parcialmente; como el de la reflejología de Bechterew y, por último, de la psicología científica de Kornilov, basada en el materialismo dialéctico; método este último que nos pone a salvo del idealismo dialéctico, según el cual son las ideas y no las cosas, la última substancia del ser; el mundo en que vivimos no sería sino el reflejo de otro más real, según ellos, el de las normas puras; las cosas no serían sino un pálido reflejo de la idea; la conciencia sería previa a la existencia;

* Leído, como trabajo de ingreso, el 25 de noviembre de 1936.

nos rebelamos como Marx, contra el idealismo de Hegel para el cual el mundo sería sólo la forma externa y fenoménica de la idea y admitimos, con él, que el mundo ideal no es otra cosa que el mundo material reflejado en el cerebro humano; queremos ver, como él, en el hombre, no ya la absurda oposición de alma y cuerpo, sino el **hombre real**, formado histórica y socialmente, el hombre que descubrió Marx, ser activo, instrumento de la producción, que vive en el complejo de las leyes sociales; y así queremos ver y estudiar y comprender al ser humano por las desviaciones de su conducta, en los padecimientos mentales que ponen de manifiesto sus tendencias, su íntima estructura fraguada en un dilatado proceso de evolución; método éste objetivo, científico y de confortante realidad, antítesis del intuicionismo de Bergson o de la fenomenología de Husserl que pretenden erigir a la intuición como base del conocimiento desdeñando la experiencia y penetrar así hasta la íntima esencia del ser, perdiéndonos en el dédalo espantoso de su filosofía donde naufraga toda posible realidad; por eso quiero, mediante los datos de la psicopatología, descubrir esa esencia íntima, las recónditas tendencias que explican después la conducta del sujeto normal; poner de manifiesto igualmente los procesos patológicos o lesionales que coinciden con la perturbación del pensamiento o de la conducta, sin tratar de establecer causalidades simplistas; mis argumentos se derivarán fundamentalmente de la clínica; no aspiran a otra cosa ni me importa si ellos no coinciden con especulaciones de la dialéctica ya idealista, ya materialista; tengo la convicción de que no pueden ser erróneos por la fuente que les nutre; si la teoría de la descendencia ha encontrado, como es sabido, ruda oposición y argumentos de importancia que no ha sido posible destruir por la imposibilidad de colmar ese abismo que separa la especie humana de las especies animales más próximas, en cambio, el proceso de evolución del hombre sujeto a todas las influencias históricas y sociales, no permite equivocarse respecto a sus verdaderas tendencias puestas de manifiesto por las enfermedades mentales; y permite, asimismo, a favor de su conocimiento, prever cuál será el sentido de su marcha y el de las masas sociales.

Quiero, para entrar en materia, tomar un ejemplo de la clínica, que invoco habitualmente en mi cátedra de neuropsiquiatría: el de la histeria; Kretschmer ha encontrado una feliz analogía comparando la reacción histérica con la "tempestad de movimientos" de un

ave prisionera: cuando un pájaro se siente encerrado dentro de una habitación—dice Kretschmer—le vemos sacudir desesperadamente sus alas, arrojándose siempre contra el techo y la parte alta de los muros; será inútil que dejemos puertas y ventanas abiertas; sólo por un mero azar da con ellas y escapa; el ave, en tales condiciones, puesto en juego su instinto, desarrolla su actividad en forma inusitada, multiplica su esfuerzo muchas veces más de lo necesario si fuese capaz de utilizar un procedimiento inteligente, lo cual, naturalmente, le es imposible; llevando Kretschmer la analogía a situaciones de la vida humana, establece comparación con lo que ocurre entre los asistentes a un teatro cuando se declara un incendio: es notorio que todo el mundo, tratando de salvarse, sólo atina en arrojararse sobre todo lo que se le interpone con la salida, y sin reflexión ni serenidad atropella en multiplicado esfuerzo, haciéndose víctimas todos del tumulto, más perjudicial generalmente que el incendio mismo, que, por lo demás, nadie se detiene a comprobar, bastando simplemente las voces de alarma para que los mecanismos instintivos se pongan en juego, inhibidas todas las facultades de reflexión, crítica y proceder inteligente, que habitualmente presiden la conducta del sujeto en condiciones normales; me interesa de momento señalar esta inhibición de los mecanismos condicionados, producto de la experiencia, para dejar lugar a los mecanismos incondicionales o instintivos; aun quiero agregar el ejemplo de los niños en quienes la histeria, dicho a todo rigor, podría considerarse fisiológica; ellos también, frente a diversos estímulos emocionales responden con mecanismos instintivos que reproducen, con fidelidad, el clásico ataque de histeria: caen por tierra, se ponen rígidos, se contorsionan, se muerden, “se privan”, como se dice vulgarmente, por el llanto espasmódico que les cianosa, etc.; en ellos, durante la primera infancia, estas crisis se repiten siempre que un estímulo emocional—deseo contrariado, amenaza, castigo, etc.—obligue la aparición de esos mecanismos instintivos; en los niños no es casi cuestión de inhibir procesos superiores de represión, puesto que ellos no se han formado todavía, siendo, como son, producto de la experiencia; sus automatismos están, digamos, a flor de piel y surgen ante leves causas; el hecho es, repito, tan fisiológico como el signo de Babinski, que también se presenta en ellos mientras la mielinización de las vías piramidales no ha terminado; dedúzcase, de lo dicho, que diversos mecanismos automáticos de origen instintivo permanecen latentes, relegados o reprimidos por diversos procesos de

adaptación o condicionales, inteligentes, producto de la experiencia; pero que siempre que algún estímulo sea suficientemente intenso para sobrepasar y nulificar estos mecanismos de adaptación inteligente, aparecerán los instintivos; el caso de la histeria en el adulto, no es otra cosa que una extrema fragilidad emotiva porque los mecanismos de represión defectuosos e inconsistentes, son débil baluarte frente a la violencia de situaciones exteriores y permiten y obligan el fácil surgimiento de las defensas instintivas.

Aun podemos ir más lejos en este camino de ejemplificaciones; quiero referirme a los casos en los que, reacciones del tipo señalado se presentan en sujetos que anteriormente bien constituidos, a favor del quebranto de una enfermedad que produce lesiones, adquieren una fragilidad análoga o mayor a la de los sujetos que la tienen constitucionalmente; el caso concretamente nos lo ofrece la clínica en los post-encefálicos; como se sabe, estos casos son tan numerosos, en México como en otras partes del mundo, y la sintomatología tan terriblemente lujuriosa, que constituyen sin disputa la observación más interesante que se haya ofrecido nunca a la psicología y la psicopatología, ya que la experimentación nunca podría reproducir casos con términos análogos; una de estas manifestaciones es la llamada histero-epilepsia o epilepsia subcortical; se trata de crisis tónicas que ocurren de la manera siguiente, según nosotros hemos podido observarlo reiteradamente en los pacientes del Manicomio de Mixcoac: un sujeto, con todas las características de la bradikinesia post-encefálica, cae repentinamente por tierra, dándose cuenta de la inminencia del ataque que aun suele él mismo anunciar; todo el cuerpo está en condiciones de rigidez, con los miembros inferiores en extensión y los superiores en flexión como sucede en la rigidez descerebrada; los dedos de las manos fuertemente cerrados, lo mismo que los ojos, advirtiéndose tremulación palpebral; así permanece de uno a varios minutos, sin la menor convulsión ni mordedura de lengua, ni relajación de esfínteres; entonces abre los ojos y declara él mismo: "ya me pasó", solicitando en seguida que se le abran los dedos de las manos que se conservan empuñadas; al hacerlo, se advierte la contractura; en caso de abandonarle a su propia evolución, tarda como unos diez minutos para poder él mismo abrir las manos; es notoria la semejanza de estos accidentes con los antiguamente calificados de histéricos y con los epilépticos, de los cuales

tiene, digamos, todo el primer período; pero es más importante señalar el hecho de que, a semejanza de los primeros, es decir, los históricos, ocurren siempre bajo la acción de algún incentivo emocional: por ejemplo, si algún otro asilado le molesta o le ataca; alguna vez durante la clínica en que se le mostraba, bastó que un alumno le negara un cigarro para que sufriera el ataque; hay que añadir todavía que la pérdida de conocimiento no es completa, pues el paciente suele escuchar lo que se habla, aun cuando no le sea posible pronunciar una sola palabra; no es posible, en mérito de la brevedad, extenderse sobre los múltiples aspectos de interés neurológico y psiquiátrico del caso, siendo solamente útil subrayar cómo en este sujeto, indudablemente afecto de un proceso orgánico como es la bradikinesia post-encefálica, los incentivos emocionales aun de muy poca intensidad, bastan para determinar la aparición de fenómenos de automatismo o sea reflejos incondicionales instintivos que traducen claramente la liberación de los centros nerviosos sub-corticales, de lo cual la rigidez descerebrada da cumplido testimonio; admitamos entonces a favor de los ejemplos citados, que en el proceso evolutivo del sistema nervioso se va realizando una jerarquización, quedando las reacciones instintivas o reflejos incondicionales supeditadas a los reflejos condicionales e actividades conscientes de orden superior, producto de la experiencia, tanto ontogénica como filogénica; agreguemos, por respaldarlo así la experiencia copiosa de la clínica, que estas reacciones de automatismo tienen estrecha relación con los centros sub-corticales, que si bien no pueden con rigor denominarse "centros" de los reflejos instintivos o de las reacciones emocionales, sí parecen tener en ellos su expresión morfológica, obedeciendo probablemente a lo que Monakow denomina "emigración de la función"; el hecho de que padecimientos como la encefalitis epidémica, que produce lesiones reiteradamente comprobadas en los centros sub-corticales, implique la aparición de esos automatismos y la fragilidad emocional justifica por lo menos establecer relación de concomitancia y tal vez de posible casualidad; a mayor abundamiento puede recordarse que en los post-encefálicos al mismo tiempo que aparecen las manifestaciones neurológicas, como hipertonia, hiperkinesia, etc., ocurren, y no son ni menos frecuentes ni menos importantes, alteraciones de la conducta que traducen precisamente el resurgimiento de tendencias instintivas no controladas por los habituales procesos de represión. Ahora bien, si estas actividades instintivas o de auto-

matismo, se pueden relacionar legítimamente con la función de las estructuras sub-corticales, los procesos de represión, a su vez, se pueden con iguales títulos relacionar con la función de los hemisferios; la clínica, la fisiología, la anatomía patológica, la antropología y la psicología, respaldan esta postura; el habitual equilibrio entre las tendencias instintivas y los mecanismos de represión pueden romperse, como hemos visto, ya por un estímulo de insólita violencia como en el caso de un incendio en recinto público; o puede existir en condiciones normales, digamos en el niño, cuando esos mecanismos de represión producto de la experiencia aun no han sido elaborados; o puede, por último, romperse también cuando, a favor de una lesión como la de la encefalitis, las formaciones anatómicas relacionadas con las actividades instintivas y los mecanismos de represión han perdido sus relaciones normales, anatómicamente hablando; y de ahí por consiguiente que las funciones correspondientes se alteren, creando, como dije, una especie de fragilidad emotiva; fragilidad que puede ser adquirida (encefalitis) o constitucional (histeria).

No es mi propósito extremar esta esquematización y pretender que las complejas funciones inteligentes, de voluntad o éticas, correspondan a la función de tales o cuales sitios del encéfalo; sino únicamente mostrar el paralelismo entre la evolución e integridad del sistema nervioso superior y las diversas reacciones de conducta y de bio-adaptación; a favor de este irrecusable paralelismo y de los ulteriores ejemplos clínicos, pretendo fundar y deducir el sentido de la evolución humana.

Como en el caso de la encefalitis, en otros las psicosis obedecen a causa conocida y además con huellas anatómicas: tales la sífilis cerebral, los tumores del cerebro, etc.; en otros, aun conociéndose el origen, no dejan lesiones perceptibles, como el alcoholismo y otras intoxicaciones; y en buen número, por último, ni deja huellas perceptibles ni se conocen en su origen: epilepsia, esquizofrenia, psicosis cíclicas y paranoides; aun pueden añadirse las llamadas neurosis, como psicastenia y análogas; aun cuando en algunas de estas últimas enumeradas se advierten tales o cuales modificaciones orgánicas, generalmente bioquímicas, como no son ni constantes ni bien conocidas, se siguen considerando como de origen psicógeno y en realidad este mecanismo permitirá siempre una explicación satisfactoria; pero es el caso que, ya se conozcan por su origen y lesiones, ya que no

tengan substratum conocido, se advierta uniformidad y constancia en las reacciones y se identifican de tal modo los factores subyacentes, que no pueden menos de considerarse sujetas a un estricto determinismo, según más adelante se verá; como al azar el caso de los alcohólicos: por notorios casi no ameritan mencionarse los síntomas de la embriaguez común, que corresponden en conjunto a una exaltación de la personalidad con mengua de las facultades críticas y desbordamiento de las instintivo-emotivas; así durante ella surgen, ya los celos, el rencor y las efusiones inusitadamente cariñosas; y según dominen, ya la suspicacia o el optimismo, la conducta será rijosa o fraternal, pero siempre defectuosamente calificada por la conciencia; ésta rectifica, empero, tan pronto como la intoxicación de los centros nerviosos ha cedido; se rehacen entonces los procesos de represión y el individuo se vuelve a mostrar con su personalidad social, diferente en mayor o menor grado de la que surgió antes y que en cierto modo puede considerarse la más real y afinada; las cosas difieren cuando se trata de procesos crónicos de intoxicación alcohólica; tomo al azar uno de los innumerables casos que desfilan por nuestras salas del Manicomio: un sujeto que trabaja como empleado del mismo, habiendo sido antes asilado, se conserva en perfectas condiciones durante un año entero y hasta más; un día por cualquier circunstancia fortuita ingiere alcohol y lo hace durante varios días, al cabo de los cuales da curso, en forma reiterada, a numerosas ideas de hostilidad y persecución; aun disipada ya la embriaguez aguda, el sistema delusional persiste; todos los acontecimientos son interpretados en igual sentido: ya es un compañero que por antiguas rencillas trata de envenenarle; ya un sujeto que le aguarda en la puerta para matarle por supuestas relaciones ilícitas con su mujer; incluso sus propios familiares dejan de merecerle confianza; pide que se le aisle para ponerse a salvo en una celda y aun ahí rehusa los alimentos por contener veneno, etc.; el cuadro es bien conocido hasta para quienes no tienen contacto médico con estos pacientes; al cabo de cierto tiempo, el sistema delirante comienza a declinar y desaparece al fin; el individuo reconoce haber estado enfermo; admite la naturaleza patológica de sus convicciones y reconoce el alcoholismo como la causa eficiente; vuelve a trabajar correctamente; y el cuadro se repite en toda ocasión que ingiere alcohol con exceso; esta forma de reaccionar no solamente es constante para todos los episodios de un mismo sujeto, sino para gran número de

pacientes, de tal manera que no puede verse como algo fortuito, y si bien hay que tener en cuenta que la constitución del sujeto influye en sus reacciones ulteriores, debe concluirse también que esa constitución es general, variando solamente la resistencia que unos y otros ofrecen para poner a flote, digamos, este complejo persecutorio.

Tomemos ahora otro sin elección particular: un miserable por su aspecto y condición, que discurre por las salas del Manicomio: lleva y custodia celosamente una bolsa de yute, dentro de la cual guarda una colección inverosímil de fruslerías: botones, trozos de ropa, piedras, estampas, periódicos y mil objetos más que puede sustraer a los demás asilados, sin propósito ni predilección, pero con evidente fruición; se trata del coleccionismo de un fabulador con psicosis senil; desdénense detalles y adviértase solamente este afán insaciable de acumular y poseer, desligado de todo sentido de utilidad: poseer por poseer, parecería ser su lema; la declinación de sus facultades por envejecimiento ha sido el único factor determinante; no hay equilibrio ni represión congruente y surge entonces esa otra personalidad que la adaptación social ocultaba.

Veamos ahora otro aspecto mucho más elaborado y significativo: el paralítico general; la clínica, la vulgaridad y la literatura han hecho notorias sus manifestaciones: un sujeto, no importa de qué condición social ni qué cultura, trabajador eficiente, ya de labores manuales o complicadamente intelectuales, realiza un día hechos insólitos, siempre los mismos: un arreglo extremado de su persona, acopio de joyas legítimas o falsas, según sus posibilidades, y grandes exigencias por todo lo que mira a su buen parecer; negocios desproporcionados a sus posibilidades, generalmente ruinosos y que pronto asumen un tal carácter de enormidad que suele ser hasta para el profano la signatura del padecimiento: ya controla todas las minas del mundo: ya posee aeroplanos que realizan viajes intraplanetarios, etc.; todo desenfreno imaginativo queda a la zaga de su megalomanía, que no sólo se traduce en posesión de bienes o dinero, sino de facultades ilimitadas: de invención, de sabiduría, etc.; si el tratamiento tiene éxito y la remisión se opera, el sujeto recupera su auto-crítica; admite y reconoce haber estado enfermo, por más que no recuerde exactamente las manifestaciones ni detalles y queda sorprendido al recordar esa otra personalidad que surgió de sí mismo haciéndole perder transitoriamente su personalidad social, producto de

una adaptación largamente elaborada, mostrándose en su plenitud la otra latente, la arcaica, la del megalómano omnipotente; es éste el de la parálisis general, el ejemplo más notorio que existe acerca de las ligas estrechas e ineludibles entre las funciones psíquicas de bio-adaptación y determinadas estructuras cerebrales que se lesionan; en muy numerosos encéfalos, que el señor profesor Ochoterena y yo venimos examinando desde ya largos años a favor de sus pacientes, laboriosos cortes y admirables preparaciones, se comprueba invariablemente el enrarecimiento de las capas corticales, las deformaciones neuronales, la reacción neuroglia y neoformación vascular, etc., por lo demás, lo mismo que todos los estudiosos de la materia incesantemente corroboran; se conoce el origen, siempre lúético, las lesiones, siempre constantes, las pruebas serológicas siempre de resultados uniformes y por último los signos físicos y mentales, evolucionando todo con cierto paralelismo proporcional a la mejoría, muchas veces espontánea, que pone de manifiesto esa admirable aptitud del sistema nervioso, claramente observada por Monakow, tendiendo a una auto-regulación de sus funciones y que culmina en una readaptación, así sea transitoria.

Pero sigamos adelante en esta rápida y sucinta revisión; lleguemos a los casos en los que grandes perturbaciones del pensamiento y la conducta no parecen ostensiblemente ligados a ningún proceso lesional: contemplemos el caso extraordinario y revelador de la psicosis maniaco-depresiva: un período de exaltación máxima en la que el sujeto aparece henchido de vida, pleno y desbordante de optimismo; se siente fuerte y lo proclama; derrocha energías, habla, escribe, canta; se siente poderoso y capaz de todos los éxitos; come y duerme bien; a un tal derroche de energías sucede la necesaria y compensadora depresión; entonces se da cuenta de lo que ha ocurrido, sabe y reconoce su anterior estado como enfermedad; lo deplora y se apena; se siente tan insignificante como antes se creía poderoso; paralelamente sus aptitudes físicas claudican: postrado, enflaquecido, adinámico; come y duerme mal; las pruebas biológicas revelan tales o cuales modificaciones: tensión osmótica, viscosidad sanguínea; modificaciones del ph, del metabolismo, etc., etc., tan interesantes como insuficientes para explicar las impetuosas alternativas de las funciones instintivo-emotivas y el surgimiento de la personalidad arcaica; tras de los maniaco-depresivos, la enorme

falange de ciclotímicos con oscilaciones vitales de menos violencia y amplitud que sólo alcanzan a ser perceptibles por el propio individuo que las sufre; culminemos en los trastornos más sutiles, como la esquizofrenia y las psicosis paranoides; en ellas, como en la anterior, ninguna huella constante y perceptible para la anatomía patológica o para el laboratorio; en cambio, un mundo sorprendente de revelaciones psicoanalíticas: afectos deformados, pensamiento autista, simbolismos de contenido habitualmente sexual más o menos arcano.

Quiero detenerme, porque satisface a mi propósito y no porque sea realmente excepcional, en un caso de paranoia en el que el sistema delusional aparece tan escueta y reciamente delineado, que es tan revelador como esas vetas metalíferas que afloran brevemente a la superficie de la tierra para hundirse después en sus entrañas; se trata de un sujeto adulto cuya apariencia no daría indicio de un desequilibrio; porte correcto; ademán vivo; conceptos claros y precisos; siempre laborioso y atento con cierta cortante brusquedad y notorio afán de no perder el tiempo; pero una vez que se le interpela acerca de lo que constituye "su problema", ni tardo ni reticente se explaya, y he aquí explicado por él mismo, en qué radica:

"A los CC. Dr. Enrique Bulman, al Director del Manicomio General, al C. Presidente de la República, al Sumo Pontífice de la Iglesia Católica Apostólica Romana, al Sr. Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, a los gobernantes todos del mundo entero y de la Humanidad en general.

Yo, Luis G. Caballero y Navarrete, originario de Morelia, capital del Estado de Michoacán, Méx., arbitrariamente recluido en el Manicomio General, ubicado en Mixcoac, D. F., hago saber:

1º Que Dios, el Todopoderoso, el Creador y Regente de cuanto existe, se ha dignado en sus inexcrutables designios, comunicarse conmigo de un modo sobrenatural. Que me ha convencido y afirma que yo, humilde criatura, soy Dios como él, esencialmente el mismo, una de las tres Personas de la Santísima Trinidad, que siendo en esencia un solo Dios, no obstante son realmente distintas; en modo que el Padre no es el Hijo, ni el Hijo el Espíritu Santo y el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo; misterio altísimo y, por ende, incomprensible, fraguado en los arcanos de la Bondad Divina para atender a las necesidades del hombre.

2º Que me he esforzado por depurar en el terreno humano y divino la veracidad de este hecho extraordinario apelando a las personas constituidas en autoridad, como son el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, el señor Arzobispo de México, Dr. Dn. Pascual Díaz, el señor Cura de la Iglesia de San Antonio de las Huertas, dos sacerdotes del templo del Espíritu Santo, los salesianos residentes

en México, el señor Obispo de Veracruz y, por último, el sacerdote encargado del templo de San Rafael Arcángel. Esto en cuanto respecta al clero. Por lo relativo a la Autoridad Civil, estuve en las Comisarías de Comonfort y Tacuba, para sincerar mi acción pública y pedir mi reconocimiento oficial como Dios. Estuve también en Gobernación con el mismo fin y allí fui atendido por el Oficial Mayor y por el señor Dn. Angel Portilla, delegado por el citado oficial para escucharme. Accidentalmente pude también hablar de este mi asunto con el Jefe y Sub-Jefe del Departamento de Investigaciones Secretas del mismo Departamento de Gobernación, dirigiendo, por último, una carta clara y respetuosa al señor Presidente de la República. Por lo que respecta a la sociedad civil, toqué todos los resortes que estuvieron a mi alcance y en particular dirigí un escrito a uno de los empleados principales de la cancillería del señor Arzobispo (me parece es un licenciado), tomando a él y a otras dos personas elegidas por él, como representantes de la parte civil. No elegí yo a esas otras dos personas, por haber buscado en vano con la linterna de Diógenes, civiles conscientes en México.

3º Que habiendo sido recluso inicua y arbitrariamente en el Manicomio General de México, declaro terminado el tiempo de estudio y observación por haber encontrado en México un ambiente enteramente hostil a todo aquello que no halaga sus vicios y pasiones.

Por tanto, sea que el fenómeno verificado en mí sea de orden meramente natural, o de orden sobrenatural como yo lo confirmo, con sólido fundamento, de ninguna manera hay derecho para que se cohiba mi libertad ni para que se me tilde de loco o alucinado, porque un loco o alucinado no procura la dilucidación de un hecho con la cordura, madurez y reposo con que yo he tratado el asunto a que pretendo dar término con este escrito. Y para establecer categóricamente las responsabilidades que a cada uno puedan competir, protesto como Dios humanado o simplemente como humano, contra los actos arbitrarios e ilógicos de que he sido víctima por parte de los Gobiernos de México y Estados Unidos y pido en nombre de la justicia a dichos Gobiernos, que sinceren su conducta para conmigo, mi inmediata libertad y mi rehabilitación social a la que tengo pleno derecho.

Dada la magnitud y trascendencia del asunto que me ocupa, protesto decir siempre y en todo la verdad y afirmo, basado en la palabra del Altísimo, que yo, Luis G. Caballero y Navarrete, soy una de las tres Personas Divinas, que por ser esencialmente iguales, forman o son un solo y omnipotente Dios, el único verdadero y que, por tanto, me conviene en toda la extensión de la palabra el nombre de Dios; lo que es igual al Sumo Bien, raíz y esencia de toda perfección. Hago notar que entre las perfecciones divinas no resplandee más la bondad que cualquiera otra, inclusive la justicia. Y me aprovecho de esta aclaración para establecer de un modo más preciso las responsabilidades que mi caso engendra para todo hombre y en modo particular para aquellos que se encuentran investidos de alguna autoridad lícita o ilícitamente adquirida.

Los puntos de comprobación o cartas credenciales que el Todopoderoso ha

establecido para que se me reconozca como Dios, no obstante mis apariencias de simple y sencillamente humano, son los siguientes:

El primero y básico es el milagro de primera magnitud por el cual me ha reconocido la Iglesia Católica Apostólica y Romana y me he entendido con ella sin que haya mediado entre nosotros humanamente hablando ni la menor inteligencia o acuerdo.

2º El hecho actual y ya histórico de mi impecabilidad, no obstante haber vivido hasta la edad de 37 años aproximadamente consciente de mi debilidad y pecabilidad. A esa edad pude ser llamado con verdad un buen católico (comprobado con hechos). Nada se hace derrepente. Ahora me siento con omnimoda libertad y derecho. Todo lo que hago es absolutamente perfecto. Y para sincerar mi conducta digo y afirmo que el Altísimo me ha convencido de que soy Dios y continuamente lo refrenda. (Pido depuración, si es preciso, en el terreno humano o humano-divino.)

Rasgos históricos cronológicamente narrados:

Poco antes de que diera principio el hecho milagroso de que nos ocupamos me encontraba como estudiante de segundo año de teología en el Seminario de Saint Meinrod, Estado de Indiana, E. U. A. En dicho seminario sufrí una cruel persecución de parte de los más perversos seminaristas y un ostracismo general de casi todos ellos. Como la persecución de los más perversos se acentuara, tuve que separarme de dicho establecimiento para salvarme de la muerte, la cárcel o el hospital. Volví a New Rochelle, con la desolación en el alma y allí Don Pitini, Inspector de los Salesianos, me echó a la calle en medio del más grande desamparo. Luché algo en la ciudad de New York y, por último, encontré trabajo en Port Chester. Allí fui sacristán en la Iglesia del Santo Rosario, donde sufrí cruelísima persecución de parte del Párroco, Don Focachi. De esa parroquia huf por miedo a la muerte y en busca de protección, a la casa de Luis Pellegrini. Después de seis u ocho días de estar hospedado en casa de dicho señor, fui llevado por él a New York en busca de casa y trabajo; allí encontré casa y trabajo en el Colegio de San Francisco Javier, ubicado en la calle Catorce y regido por los RR. PP. Jesuítas. En esa casa tuvo origen el hecho sobrenatural que tuvo como primer objetivo el que yo me persuadiera hasta la evidencia de que soy Dios. Este objetivo fué alcanzado por el Altísimo casi de un modo absoluto en Grad Island, algún tiempo después de mi llegada al salón de los trabajadores. Permanecí en observación en poder del Gobierno americano alderredor de diez meses. Lo más digno de mención durante este lapso de tiempo son los hechos que allí se verificaron y que podríamos llamar inmorales, si no tuvieran el sello de la sanción divina. (Varias jóvenes y señoras me mostraron sus piernas y sus órganos genitales.) Yo toqué a las que pude e hice el amor a todas las que en alguna forma me llamaron la atención. Todo esto fué hecho públicamente a ciencia y paciencia del Gobierno americano y aprobado por mí bajo el influjo del Todopoderoso.

EN MEXICO

Fuí traído a México contra mi voluntad. El Gobierno de México debe saber por qué o para qué fuí yo traído. En Veraacruz, la Masonería me tendió la mano. (Gracias.) La acción desarrollada por mí en la ciudad de México ha sido tan ostensible y palmaria, que la compendio en pocos conceptos: sufrí lo indecible, fuí despreciado y humillado, toqué cuantas mujeres pude durante cuatro años y medio, sinceré mi conducta hasta dejarla nítida en el terreno humano; en el divino era ya purísima.

Para terminar, me dirijo al Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana y le exijo en nombre de Dios y de la humanidad, en nombre de la justicia y de la moral, que pronuncie su fallo infalible delante del mundo entero acerca de si soy o no Dios. Y en caso que negara mi divinidad, que sincere la acción de la Iglesia que rige y gobierna en representación de Jesucristo mi Dios, en cuanto está comprometida en este caso particular.

Es mi opinión y la reafirmo, que de no sincerar completa y absolutamente su acción y su pasividad en este caso particularísimo, se le hagan todos los cargos que exige mi situación y se erija el monumento de mi grandeza sobre sus ruinas por careomidad y valadies.

A los gobernantes todos ofrezco misericordia y bondad o justicia y venganza: sus obras serán el índice que me marque la senda que con respecto a cada uno deberé seguir necesariamente.

Vuestro Dios.—**Luis G. Caballero.**”

Si en casos como el relatado no puede invocarse ninguna relación a procesos orgánicos, porque no se conocen, ni es probable que existan, la génesis puede apreciarse fácilmente con algún ejemplo, que yo quiero tomar en esta ocasión de la literatura a la que debe reconocerse innegable valor como documentación humana, y creo que tratándose particularmente del Quijote, no habrá quien escatime este valor; contemplemos al hidalgo obscuro y pobre que alienta sobre cualquier punto de la tierra tan insignificante como él mismo; recordémosle consumido por el ardor de las lecturas heroicas corrientes y obligadas para la época y que le transportaban a un mundo donde la hermosura, la juventud, el amor, la riqueza y el poderío eran dones humanos para las empresas nobles y extraordinarias; contéplémosle cada día, después de una noche de arrebatada ensañación, batido por la realidad cruda e implacable; y ante la imposibilidad de aceptar lo que sería para él más que la misma muerte, o sea la renuncia de sus aspiraciones que significaban la inmortalidad, opta por el único recurso que se le ofrece, tomando por el amplio

camino de la locura, sin limitaciones ni reservas, donde la fantasía le da lo que la realidad le niega; y como muy justificada y admirablemente lo declara su genial autor, “pudo más su locura que cualquier otra razón”; efectivamente, era la razón nada menos que de su existencia; y tan era así, que más tarde, en el trance final, pone Cervantes en boca de los circunstantes estas palabras: “y oyéndole decir tantas cosas en su juicio, comprendieron que iba a morir muy pronto”; efectivamente, puesto que iba a morir, ya podía entonces, ¡sólo entonces!, volver a la realidad; contemplemos en la estupenda creación del genio castellano el paradigma de la vida humana: un ímpetu ilimitado y una realidad estrecha; he ahí los términos entre los que viene debatiendo nuestra existencia.

Ese ímpetu que podemos reconocer toscamente descarnado en las psicosis, cuando los mecanismos de represión declinan, porque habitualmente lo embozamos tras de la necesaria adaptación de la vida en comunidad; ese ímpetu que yo llamo “instinto de inmortalidad” con todo el rigor que se pueda tener para denominar el instinto de conservación o el de reproducción; el de inmortalidad tiene una irrecusable realidad que se revela en todas las formas de la conducta humana; los demás instintos serían de él tributarios y ya que los biólogos no suelen estar de acuerdo en el número de instintos por clasificar, bien podría admitirse éste como único; una definición, la de Monakow, que con tan sólida preparación científica ha penetrado en el campo de la psicopatología, permitiría admitir la existencia del instinto de inmortalidad: “el instinto”—dice Monakow—es fuerza propulsiva latente nacida de la *HORMÉ*, destinada a realizar una coordinación entre los impulsos internos y los externos, por medio de mecanismos adaptados, en vista de la preservación del individuo y de la especie”; la *hormé*—noción evidentemente metafísica de valor heurístico—vendría a ser una especie de ímpetu vital, ímpetu indomable; los mecanismos adecuados se irán fraguando según las circunstancias del medio externo, al servicio siempre de aquella tendencia, de ese ímpetu vital que no es otra cosa más que el instinto de inmortalidad, en el ser humano, porque existiría una “*hormé*” celular, según Monakow, y que en resumen se traduciría en aptitud reproductora; el hombre es, pues, por esencia, un ímpetu de inmortalidad, que tiene, como yo lo he denominado también, el “complejo del Dios fallido”.

Esta tendencia de inmortalidad la podemos identificar en todos los ejemplos que yo enumeré anteriormente y que dan de ellos la sola explicación posible: la tempestad de movimientos ante una amenaza mortal, con derroche de energías inmensamente superior al que racionalmente se requeriría; en el delirante perseguido que ante los obstáculos de la realidad encuentra y funda la causalidad de su fracaso de las imposibles aspiraciones que le animan, en el propósito intencionado de sus semejantes para obstaculizar su marcha; en el miserable demente senil que acumula ruines objetos carentes de valor para todo el mundo, pero que satisfacen su inextinguible ambición: el ímpetu es el mismo, pero los mecanismos de realización quedan insuficientes; en el parálítico general que cortadas ya todas las amarras se siente omnipotente y abriga la convicción absoluta de poseer todo lo que ha venido deseando, que es lo que deseamos íntimamente todos; en el grandioso paranoico que ya sin escrúpulos se planta al final de la carrera y se considera Dios mismo, encontrando argumentos consistentes y hasta remedando una apariencia crítica para discutir y fundar racionalmente su transfiguración.

Yo no pretendo en modo alguno adoptar el punto de vista de la psicopatología, error contra el que ya previno Feuerbach en su admirable filosofía antropomorfista; pero sí considerar, como él, al hombre medida de todas las cosas y las diversas verdades parciales referidas al "hombre activo, limitado, temporal, necesitado y doliente", según sus propias frases; éstos, los datos de la psicopatología, no son más que una de esas verdades parciales; pero firmes e irrecusables, creo yo, como derivadas de la invariable uniformidad de los hechos; y esos datos, esos hechos invariablemente uniformes, nos muestran al hombre como eso que dije: un Dios fallido; sus aspiraciones hacia la divinidad, es decir, hacia el todopoderío, perfección e inmortalidad, no han retrocedido nunca, aviniéndose simplemente a las circunstancias y a las épocas; los griegos aun tenían tráfico intenso con el Olimpo y los hombres, semi-dioses y dioses alternaban con naturaleza en la vida ciudadana y determinaban la conducta y la suerte de los mortales; después los césares dominadores del mundo, y más tarde los señores de la edad media dueños de vasallos; los políticos absorbentes de tipo Richelieu o el conde-duque de Olivares en quien Marañón ha simbolizado para España la pasión de mandar y para quienes parece el lema de "el poder por el poder"; pero la autoridad

se ha ido diluyendo y las posibilidades de señorío haciéndose cada vez más exiguas; aún alientan los últimos tiranos políticos, megalómanos dictadores; pero la complicación de la vida, las relaciones de comunidades facilitadas a favor de la técnica, el despertar de los antiguos vasallos y la experiencia dilatada y dolorosa sobre todo, han venido a determinar una de esas transformaciones que justifica las leyes de la dialéctica materialista enunciadas por Engels: la transformación de la cantidad en calidad; un fenómeno que adquiere nuevas propiedades y se convierte en sujeto de nuevas leyes; de acuerdo con estas leyes, el cambio no se opera como pretende el viejo aforismo de "natura non fecit saltus", sino por, el contrario, rápidamente, violentamente "natura fecit saltus"; los mismos dioses, en su tránsito por las calles, han tenido que admitir que la aspiración de cada uno queda limitada por la aspiración de los demás; se hizo imposible el intercambio con el Olimpo; se hicieron imposibles los césares; se desacreditaron los ministros consejeros de reyes; se tambalearon los dictadores, pero entonces el ímpetu de inmortalidad encontró una nueva expresión y un nuevo símbolo: el dinero; en el dinero se ha concentrado desde ya muchos años el poder; hace ya mucho tiempo que no se enristra la lanza del manchego y se esgrimen en cambio gruesos fajos de billetes; el que los posee se siente fuerte; y lo es: un dios moderno: el ímpetu vital supo hallar una nueva forma de adaptación.

Esta nueva forma de concentrar el poder, ha determinado singulares consecuencias que todos conocemos: de un lado los que poseen y aspiran a poseer más cada día, sin limitaciones, sin restricciones y también sin propósito racional ninguno; como el demente senil coleccionista, "poseer por poseer"; y se amparan tras los principios de la propiedad privada, inviolable y sagrada; "cada quien es dueño del producto de su esfuerzo", proclaman; de otro lado los desposeídos; los que llegan siempre tarde al reparto de los frutos de la tierra y ven con sorpresa y doliente admiración que hay unos cuantos usufructuarios del universal patrimonio; los juristas, los financieros y economistas, tienen y encuentran muy poderosos y convincentes argumentos para justificar una semejante situación y demuestran con facilidad y soltura que pretender modificarla es suicida y desquiciaría al mundo; su situación biológica lo hace explicable: admitir la existencia de los dioses con la secreta esperanza de llegar a serlo.

Aun cuando las nociones de la psicopatología no puedan trasladarse para aplicar íntegramente al caso de los seres normales—y yo ya he dicho que no lo pretendo—, el hecho en que en estos seres, normales por constituir término medio y pauta de conducta, se advierte una situación que no parece en modo alguno digna de mantenerse y es posible distinguir en ellos los rasgos esenciales tan escuetamente delineados en el psicópata; desde que el poder se concentra en el dinero y existe por el régimen jurídico que vivimos, la posibilidad de poseer y acumular en forma ilimitada, todo el mundo aparece entregado a esa febril tarea, que prácticamente se ha convertido en la única finalidad; dentro de cada casa se esconde un perseguido en potencia, porque se siente amenazado de que se mengüe o se vulnere lo que posee y lo que aspira a poseer; su propio instinto de inmortalidad le acosa con mayor violencia mientras mayor poder alcanza, porque esto le hace palpar el triunfo y se desorbita; el juego de finanzas nos ofrece claro e irrecusable testimonio del fenómeno; bajo cada techo se cubre un megalómano que quisiera también, para sí solo, el mundo entero.

Es curioso ver cómo el ser humano en las colectividades civilizadas, acumula no solamente lo necesario y lo superfluo, sino hasta lo que le daña; el avaro nos ofrece cabal ejemplo: el dinero ha perdido para él la función primordial para la que fué creado y es un mero símbolo; poseyéndolo tiene la impresión de hacerse perdurable aun cuando esté próximo a sucumbir sobre su propio tesoro; y no solamente para el avaro es el dinero instrumento de opresión y tortura, sino para todo el que empieza a poseerlo, porque se ha despertado el deseo de acrecentar y el temor de perder; y esta situación aparece en fuerza de vivirla, como perfectamente natural, sin darnos cuenta de que la propiedad particular, merced a la libre competencia, nos lleva en carrera desenfrenada de la que nadie puede sustraerse, porque sucumbiría; y de que la riqueza y los medios de producción están distribuidos en forma notoriamente absurda, concentrando en manos irresponsables un poder que causa grandes daños.

Ahora un paréntesis: no faltará quien se pregunte si estas cosas pueden tener relación con la medicina ni con la biología; y es preciso contestar terminantemente que sí; quienes vivimos dedicados a las enfermedades mentales tenemos que reconocer que en el mayor porcentaje de casos, la cuestión económica más o menos embozada, se

halla en el fondo; no quiero con ello aludir a tales o cuales problemas financieros individuales, sino al problema dinero como símbolo de poderío. ¿Cómo podría explicarse si no casos tan frecuentes como el de un sujeto presa de angustia, que se dice arruinado y a punto de perecer con toda su familia y esta misma declara que tiene depositados \$100,000 en el Banco?

Ahora bien: el hombre acumulador de dinero y de todo lo que el dinero procura y la industria ofrece, vive sometido a sus continuas sollicitaciones; ya no son los libros de caballería los incentivos que conducen al desequilibrio, sino los productos de la industria y de la técnica que se ofrecen dentro de las tiendas en monstruoso hacinamiento como una promesa de confort, holgura y lujo; pero toda esa monstruosa producción que hace del comercio una especie de juego, no se libra sino a cambio del omnipotente dinero; el que carece de él tendrá que sucumbir: de hambre frente a una mesa de comestibles, de frío a las puertas de un almacén de ropa, y de miseria, desesperación y abandono frente al palacio de los potentados... Por eso el dinero es equivalente de vida; y el hombre, obedeciendo a un férreo determinismo, trata de asegurarse sin proporción a la realidad, como en la tempestad de movimientos del ave prisionera; busca una super-seguridad como señala Monakow, que desborda su propia existencia; su libido es, en la acepción de Freud, "voluntad ilimitada de conquista"; hablar de libertad parece irrisorio: la libertad existe sólo como aspiración.

Frente a tales condiciones el ser humano, que en su trato mutuo ha venido adquiriendo lo que Adler llama "sentimiento de comunidad", se halla frente a dos posibilidades: renunciación o despojo; o lo que es lo mismo: cristianismo y comunismo; veamos las posibilidades de cada uno sobre las realidades biológicas: el cristianismo y el comunismo, como problemas filosóficos, presentan en la historia del pensamiento humano ligas tan estrechas, que casi parece imposible desvincularlos; yo no pretendo ni estoy capacitado para hacer crítica de sistemas filosóficos; me concreto a invocar, de unos y de otros, los argumentos que me parecen contribuir a formular conclusiones, de acuerdo con el criterio biológico en que las vengo sustentando.

La renunciación cristiana preconizada como recurso para luchar contra las tendencias de expansión infinita del hombre, sería indu-

dablemente una solución perfecta; pero he aquí como el cristianismo afirma que no se puede alcanzar el reino de Dios sin el concurso de la libertad humana y el asentimiento del hombre; y he aquí cómo la observación sobre la naturaleza del hombre, en uno de cuyos aspectos lo vengo haciendo, indica reiteradamente que el hombre dista mucho de ser libre y que su conducta obedece a móviles rigurosamente determinados y producto tanto de sus tendencias innatas como de las condiciones sociales en que ha de vivir, sin que la elección sea posible; particularmente interesantes resultan los conceptos de Feuerbach, el gran filósofo del siglo XIX, autor de "La Naturaleza del Cristianismo" y cuya filosofía se considera como la antítesis del idealismo hegeliano; es importante señalar que Feuerbach a su vez fué precursor, en su sistema, de Marx y de Engels, por más que ellos le hayan sometido después a dura crítica rechazando muchos de sus puntos, por igual motivo que el comunismo ruso ha tenido que rechazar o abandonar a su vez muchos de los puntos de vista del propio Marx, lo cual hace anodina la crítica de los que inculpan al comunismo de no ser marxista.

Volviendo a Feuerbach, que no tuvo escrúpulos en establecer analogías entre la filosofía y la religión y que se llamó a sí mismo con orgullo "el filósofo del hombre común", él estableció claramente que su interés en los pueblos de la religión y la filosofía es de carácter social y político; se trata—dice Feuerbach—"no ya de la existencia o no existencia de Dios, sino de la existencia o no existencia del hombre; no de saber si Dios es una criatura de naturaleza igual a la nuestra, sino de saber si nosotros, como seres humanos, hemos de ser iguales entre nos; no de saber si podemos y cómo podemos participar del cuerpo del Señor, al comer el pan, sino de saber si tenemos bastante pan para nutrir nuestros propios cuerpos; no de saber si damos al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, sino de saber si hemos de dar finalmente al hombre lo que es del hombre; no de saber si somos cristianos o paganos, deístas o ateos, sino de saber si somos o podemos llegar a ser hombres sanos de cuerpo y espíritu, libres y activos"; "substituyó la posición ilusoria, fantástica, celestial del hombre, que en la vida real conduce necesariamente a la degradación, por la posición tangible, real y, consecuentemente, política y social de la humanidad"; y aun añade algo más que nos pone decididamente de su parte cuando da la explicación del nuevo hom-

bre: ...“es aquel en quien la fe ha desaparecido ante la duda crítica, que ha renunciado a la Biblia y entronizado la razón, reemplazando la religión por la política, la tierra por el cielo, la oración por el trabajo, y el infierno por las necesidades materiales. Un hombre tal debe retirar la mirada de la ciudad de Dios y volverla al estado en que vive...”; el mejoramiento del estado, que Feuerbach no vacila en llamar “la religión de la política”, es una condición para el progreso del hombre, porque en su verdadera forma el estado es el hombre ilimitado, infinito, completo, divino; conceptos éstos de acuerdo enteramente con el que tenía del fenómeno religioso “como la proyección de algún elemento de la experiencia humana a un objeto de adoración”; muchos años después, Freud había de explicar la concepción de Dios como una proyección del padre.

Veamos, pues, en todas estas ideas, precursoras del comunismo, una conformidad completa con lo que la experiencia científica nos enseña, en el caso concreto, la psiquiátrica a la que me vengo construyendo; ideas que tratan de situar al hombre en un plano de realidad y encontramos con satisfacción que es el mismo plano en que le situamos nosotros; uno de los críticos y opositores más brillantes y al mismo tiempo más sinceros del comunismo, Nicolás Berdiaeff, señala que el marxismo pretende ser una concepción universal, integral, que responde a todas las cuestiones primordiales y **da un sentido a la vida**: “es a la vez una política, una moral, una ciencia y una filosofía; es una nueva religión que pretende reemplazar al cristianismo”; lo dicho por Feuerbach acerca de que “el mejoramiento del Estado es la religión de la política”, y que “en su verdadera forma el Estado es el hombre ilimitado, infinito y divino”, nos permiten aceptar sin escrúpulos la afirmación de Berdiaeff; pero hay gran diferencia naturalmente entre que el objeto de esa religión sea Dios o que sea el Estado; el hombre admite la existencia de Dios por su recóndita aspiración de llegar a serlo él mismo, y ya hemos visto cómo la psiquiatría nos muestra que esa es su verdadera tendencia.

El propio Berdiaeff tiene una frase reveladora cuando dice que frente a las numerosas verdades que encierra el comunismo se yergue una sola mentira, tan grande que alcanza a desfigurarle: dice que su mentira es una mentira atea y que el ateísmo lleva a la “negación Dios, a la negación del hombre”; efectivamente, mientras la meta del hombre sea la de ser Dios, Berdiaeff admite todavía que Feuerbach

trueque la teología en antropología, porque el hombre conservaría todos sus caracteres divinos; pero no admite que Marx vaya más lejos del antropomorfismo y se muestre escéptico respecto a la divinidad del hombre, substituyendo el antropocentrismo por el sociocentrismo o proletariocentrismo, según el cual el hombre no es ya la imagen y semejanza de Dios, sino la imagen de la sociedad, producto total del medio social, la economía de la época y la clase a que pertenece; y, sin embargo, en el campo biológico tenemos que estar conformes en que así es.

Tenemos que admitir que, si a favor de procesos patológicos que la psiquiatría nos enseña, surgen personalidades arcaicas que revelan al narcisista, al perseguido, al megalómano, al Dios fallido, al acumulador de riquezas y de poderío, tales personalidades, tales tendencias aparecen siendo el objeto de una continua superación, de una enérgica represión mediante la experiencia y las necesidades de la vida en común y que sólo aparecen cuando esos mecanismos de represión se quebrantan, lo cual implica necesariamente un retroceso que puede llegar y de hecho llega en muchos casos, hasta la demencia total y la disolución de la personalidad; si en la historia del hombre esas tendencias, esas personalidades que ha ido teniendo, no han quedado inscritas en la substancia cerebral como las etapas evolutivas del planeta en la corteza terrestre claramente marcadas por estratificaciones, se debe tal vez a que tienen signos que nosotros no sabemos aún descifrar; pero, en cambio, a favor de procesos lesionales, de procesos orgánicos, se nos revelan esas personalidades subconscientes, biológicamente superadas ya; y hay motivos poderosos para suponer y creer en que ese proceso de superación seguirá operándose, y que seguirá haciéndose la represión de ese Hombre-Dios, quien, tendrá que ir obdicando y limitándose a las posibilidades que el conglomerado social le ofrecen y que le reclaman; que hacerlo así es indudablemente marchar en el sentido de la evolución humana.

Ahora bien: si el símbolo y el instrumento de ese poderío radican actualmente en el dinero y la propiedad privada, parece legítimo y necesario, desde el punto de vista biológico, que ésta sea abolida; porque está en la naturaleza humana el no poder renunciar espontáneamente como lo preconiza el cristianismo; porque está en ella que el poseer algo en propiedad implica y desata la aspiración de poseer más, interminablemente; y como la renunciación espontánea

no ha pasado de ser un hecho aislado con el que no hay que contar para operar transformaciones, resulta que el espíritu cristiano tiene que mostrarse, como ya se ha mostrado, ineficaz durante XX siglos, desvirtuado singularmente por el dogma católico que aprovechando hábilmente el principio de que el hombre es un ser caído cuyas fuerzas menguaron en la caída y en el cual todo bien se manifiesta por la gracia divina y que por sí mismo no está inclinado más que hacia el mal, incapacitándole para crear un orden social equitativo, y como la persuasión de que debe limitar su poder excesivo en beneficio de la colectividad, según lo pretende el socialismo moderado, es y tiene que ser totalmente ineficaz, porque mientras al hombre le quede la posibilidad de poseer algo, siempre alentará la ambición de incrementarlo hasta el infinito, resulta que la transformación solamente podrá operarse por la violencia, "en salto", como lo preconiza la dialéctica marxista: "natura fecit saltus"; habrá, por consiguiente, que recurrir al despojo, que es la abolición de la propiedad privada; y esto engendrará, como ha engendrado ya, resistencia y lucha por grandes multitudes y esto será la violencia y la sangre; hay que contar con ella y arrostrarla valientemente; la reivindicación del patrimonio universal no podrá realizarse a menos costo.

Comprendemos que Bielinsky, el más grande de los críticos rusos del siglo XIX, haya dicho, apasionado por el amor ardiente de la humanidad y la idea de justicia social: que "se sentía capaz de cortar muchas cabezas para que la otra parte de la humanidad fuera feliz"; era lo que él llamaba "amor a lo Marat."

El sacrificio secular de las generaciones que han vivido en condiciones de injusticia social, tiene ya derecho a fructificar; los nihilistas rusos lo sentían hondamente y así comprendemos a Tcherniachevsky cuando declara que toda metafísica idealista o espiritualista es una perversión intelectual y olvido de los sufrimientos del pueblo; y a Pissareff, que dice: "la estética es un lujo inadmisibles, no hay más arte que el que sirve para las necesidades reales de la humanidad". No seamos pesimistas al pensar como muchos, que si se priva al hombre de la posibilidad de acumular y disfrutar de todo el producto de su esfuerzo se tumbará a la vera del camino incapaz a todo empeño; no morirán sus aspiraciones: se despertarán otras nuevas; no perderá su aptitud creadora: la orientará hacia el nuevo mundo en construcción; será, por el contrario, libre, cuando se le libere de

esta lucha feroz en el propósito de atesorar no sólo lo necesario y lo superfluo, sino lo que le daña; su propio instinto de inmortalidad se mantendrá incólume, pero reconociendo que su verdadera inmortalidad está en su poder reproductor, en el plasma germinal; que sólo continuándose en sus hijos se librará del tiempo y de la muerte. Regocijémonos, en todo caso, porque a nuestra generación le ha tocado asistir al término de una nueva humanidad en gesta.

Salud.

Comentario al Trabajo del Dr. Leopoldo Salazar Viniegra

Por el Dr. Enrique O. Aragón, Presidente de la Sección de Neurología y Psiquiatría

Entre los diversos asuntos en la orden del día, encuéntrase hoy la recepción de un nuevo socio en nuestro cónclave, socio que viene con el prestigio de sus trabajos de la Facultad N. de Medicina de México, y de sus labores allende los mares en la Facultad de San Carlos, de Madrid, en donde obtuvo la licenciatura y el doctorado. Llega tal personalidad con el fruto de sus estudios de Neurología y Psiquiatría, hechos durante dos años en la Universidad de París, y trae la cosecha de su breve, pero valioso ejercicio como profesional, en Cuenca (España). Tiene, además, el acervo logrado durante 11 años en el Manicomio de la Castañeda, y posee los vastos conocimientos de un internista consumado. El doctor Leopoldo Salazar Viniegra, por otra parte, maneja elegantemente el lenguaje y posee la soltura y la galanura de pluma que pueden comprobarse en sus escritos, en donde también se encuentran la fina ironía y la rebeldía de no contentamiento, ésta a la que me referiré posteriormente en el cuerpo de mi juicio crítico acerca de su memoria de ingreso.

Por esta vez, la presentación de un compañero en las lides del saber, va a ser hecha por quien milita en el campo diametralmente opuesto de la especulación filosófica, pero por quien profesa profundo respeto por todas las creencias por disímbolas que sean, solamente con una condición: **con la limpieza de su origen y de su intención**, como anota, enalteciéndolo el doctor Salvador Viniegra.

El se halla en el campo de un "Behaviorismo" determinista cimentado en el materialismo dialéctico de Marx, que barre con el idealismo de Hegel, y con la llamada absurda posición de alma y cuerpo, suponiendo que el hombre es el ser activo e instrumento de la producción, y que sólo vive en el complejo de las leyes sociales, principalmente económicas. Por eso descalifica atrevidamente el intuicionismo de Bergson y la fenomenología de Husserl, en donde el ser se pierde (?), dice, en un dédalo espantoso en donde naufragase toda posible realidad.

Yo me encuentro en el campo opuesto: participo de la filosofía de la contingencia de Boutroux, creo en la libertad y pienso que el mundo ideal es más que el material reflejado en el cerebro humano. No admito que la Psicología se reduzca a una Fisiología del sistema nervioso y de los órganos de los sentidos, así como tampoco creo que la Psiquiatría sea únicamente Neuro-Patología, pues de ser así, podría suprimirse el primer rubro.

Ya se ha dicho que por más que la ciencia estudie energía y plasma, si ella adelantando más pudiera "adentrarse" (perdonad el término) y pudiera sorprender el dinamismo de las celdillas cerebrales, normales o degeneradas, sólo encontraría chocar de moléculas o de átomos y cambios bio-químicos, pero nunca un estado de conciencia. Nunca la Psicología ni la Patología nerviosas podrán por sí solas explicar lo mental, sano o insano.

Un físico y un fisiólogo explicarán la marcha de la luz en los medios transparentes del ojo y la impresión retiniana correspondiente y seguirán la estimulación del nervio óptico a través del quiasma, bandeleta óptica, cuerpo geniculado externo, tubérculos cuadrigéminos anteriores, corona radiante de Reil y centro de Kussmaul y en la corteza misma la energética neuronal con sus equilibrios y desequilibrios; pero jamás explicarán, como dice Goethe, el porqué cuando en un día sombrío de invierno se mira el paisaje a través de un cristal amarillo, la vida se intensifica y aparece la alegría, "la vista se regocija, el corazón se dilata, el espíritu se serena y un calor instantáneo parece animarnos", mientras que si se contempla el mismo paisaje a través de otro cristal azul, vienen la tranquilidad, el recogimiento, la meditación, la tristeza y la poesía. "De igual modo que vemos azules el cielo profundo y las montañas lejanas, así una superficie azul parece huír de nosotros. El azul nos da un sentimiento

de frío, por otra parte hace pensar en la sombra. Un cristal azul nos muestra las cosas con una luz triste." Y, sin embargo, la tristeza no está en la luz, sino en nosotros, y si se es romántico, entonces se piensa en un balcón y quizá en Romeo tendiendo su escala para ascender y para gozar como premio de su faena con el poder besar la bella mano de Julieta, que ha salido a la fenestra. Algún otro autor alemán expresaba: cuando yo contemplo a una ciudad a través de cristales azules, ante el espectáculo que parece nocturno y con claridad de luna, me viene como asociación de ideas, el amor de los gatos en los tejados de las casas. No, la sensación no es el dinamismo del sentido, que sólo la prepara, sino que hay algo más, como también hay algo más por encima de nosotros, por encima de nuestras cabezas, como decía Hamlet en la tragedia Shakesperiana: "Muchas cosas hay en el cielo y en la tierra, Horacio, en las que no soñó siquiera la filosofía."

De igual modo, nunca la Filosofía será la clave del porqué un "leit motiv" musical, unas veces nos exalta y otras nos deprime, y de por qué unas ocasiones nos enardecemos con la Marcha de los Bardos del Tanhäuser, y otras sufrimos con el tema que acompaña la muerte de Tristán e Isolda. Entre una jota de Falla y la Misa de Requiem de Mozart, hay un abismo, como lo hay entre el canto bélico de la Marsellesa y el Aria del "Ave María", de Gounod.

En Psiquiatría, considerada como Psico-patología o como Psicología morbosa, los últimos descubrimientos señalan ya una terapia cromática y otra musical, para los maníacos y para los melancólicos, terapia ya presentida por Leonardo da Vinci, con sus colores positivos y negativos, calientes y fríos, y también sospechada por Gretry con sus sonidos, y ritmos estimulantes y calmantes, y por Naulowski en la influencia sentimental de sus contrastes de acordes y temas, convertidos después en estimulantes hipersténicos e hiposténicos.

En la filogenia, o sea en la evolución a través de las especies, uno de los argumentos más poderosos que se ha esgrimido para mostrar la estrecha relación (al grado de quererla hacer indispensable) entre el sistema nervioso y la psiquis, es la ley spenceriana del paso de lo homogéneo a lo heterogéneo en el soma y de lo simple a lo compuesto en la conducta. Sistema nervioso elemental en los radiados y en los moluscos, conciencia caótica en los mismos. Desarrollo de la vesícula cerebroidea en los vertebrados, de los peces a los mamíferos, comple-

jididad de la acción. Mayor diferenciación en la superficie encefálica de lisa transformándose en anfractuosa y la trama de la substancia gris convirtiéndose en más rica red, pensamiento mejor elaborado; y la serie prosigue pasando del mono antropeide a la Venus Hotentota de Cuvier, y al idiota de Gratiolet, para de ahí seguir la evolución humana hasta el ser que se llama civilizado, hasta el hombre en pleno siglo XX. Pero en el paralelismo apuntado ¡qué confusión entre el espíritu y el instrumento!... Aquél desea llevar a cabo una obra mayor, necesita entonces de un perfeccionamiento del órgano, como utensilio. Nada más. No hay que confundir una comedia o un drama, y aun los actores mismos, con el escenario demasiado sencillo en un pequeño recinto Guignol, en que bastan para el tablado en ese teatro sintético y de rápido impresionismo, unos cuantos metros cuadrados y para los espectadores no más de cien butacas. ¡Qué diferencia para representar el Barbero de Sevilla, que exige más extensión y una orquesta no muy numerosa, como la que a su vez se necesita para las obras de grandes conjuntos wagnerianos, como el Parsifal o las Walkirias, y el coso inmenso como el de Berlín o el de Bayreuth. Y cuando el espacio sigue siendo estrecho y actúan más de mil o miles de figurantes, de las masas como se dice ahora, entonces el inmenso teatro de la Naturaleza, como en las representaciones de las tragedias griegas, al aire libre, o como en el desempeño del poema bíblico en Oberamergau. No y mil veces no; el asunto, el argumento realizado *in vivo*, no son ni los cortinajes ni las bambalinas, ni las decoraciones, ni el vestuario, ni la tramoya de menor o mayor complicación. Y los papeles se cambian: entonces lo psíquico no es el epifenómeno de lo material, sino éste el servicio de aquello.

Y ya que de teatro hablamos, siendo por antonomasia la histeria una serie de hechos teatrales, con exhibicionismo y mitomanía, no es muy feliz Kretchmer al considerarla como la reacción equivalente a una tempestad de movimientos de un ave prisionera que se debate interiormente en su jaula. El ave no por mero azar escapa si se le deja abierta la puerta, sino lo lleva a cabo fácilmente con la finalidad de un instinto logrado; los movimientos desordenados dentro de la prisión para la que se queda, más bien corresponden a las convulsiones y sacudidas de la epilepsia, no de la histeria, que siempre escoge donde caer bien sin lastimarse. Si fuera ave no maltrataría sus alas, ni rompería sus plumas, y como gente, a menudo mujer, para

desmayarse selecciona un canapé, una silla y hasta los brazos de su médico tratante.

Cuando se toma el escalpelo del médico alienista, es muy frecuente que sin piedad y a la manera de un Max Nordau o de un Nietzsche, que han sido censores y analistas humanos, dentro de su pesimismo, y al quitarles la piel a sus figuras, los símbolos entronizados por el arte desaparezcan y el Caballero andante, el desfacedor de agravios y de entuertos, el apoyo de los débiles y emblema de la España caballeresca, a pesar de su locura, don Alonso Quijano, el bueno, por otro nombre: nuestro señor Don Quijote, quede reducido o convertido a uno de esos bio-tipos señalado con esta ficha en un catálogo de desequilibrados: bio-tipo longilíneo, catabólico, taquigráfico, con frecuencia asténico, irritante, de predominio hipertiroideo o hiperpituitario, con reacción taqui-psíquica. En su afán de conservación, dice el doctor Salazar Viniegra, el ímpetu vital de Monakov se transforma en **el instinto de inmortalidad**, teniendo lo que él llama **"el complejo del Dios fallido"**, por los fracasos que el hombre ha llevado y sigue llevando a través de los siglos. Yo admito también el instinto de inmortalidad, pero no para condenarlo, sino para alabararlo, porque esa tendencia hacia la eternidad e infinitud, lo enaltece para procurar que sus obras no sean hijas de un momento y para conservarse un día, sino perennes y duraderas, y por lo que toca a la verdad de la existencia en el más allá, hay que meditar la célebre apuesta o "parí" de Pascal. Por lo que toca al Dios fallido, en efecto, el castigo humano han sido sus tropiezos por intento de ser más que humano, pero no por el hecho de pensar en Dios. El orgullo del hombre en su criterio antropocéntrico falso, ha sido abatido y lo seguirá siendo a pesar de su ciencia, pero eso no le privará de tener una creencia y una fe en algo superior. En eso se distingue del animal, en su religiosidad, fijaos bien en lo que digo, en su religiosidad, no en sus supersticiones y en sus ídolos forjados a su arbitrio, que han ido cayendo a los golpes de una cultura cada vez mayor.

Lo que me extraña sobremanera en el doctor Salazar, es que siendo marxista y, por lo tanto, con el criterio del bien colectivo, del grupo o de la masa, admita con Fűrbach, "al hombre como medida de todas las cosas", lo que no es sino resucitar el criterio netamente individualista de Protágoras de Abdera, doctrina falsa como teoría del conocimiento. "El hombre, decía Protágoras, es la medida de todas las cosas, tanto de la existencia de los que existen, como de la

no existencia de los que no existen.” Las sensaciones son únicas e intransmisibles, por tanto, es imposible llegar a la verdad que puede, sin destruir la realidad de las cosas individuales, sintetizarlas todas. No hay la verdad. Hay la verdad de cada quien, tantos como individuos; la mía, la tuya, la suya, y mi verdad no lucha contra la vuestra, es para mí, a mí me satisface, y la vuestra, medida estrictamente por la potencia de vuestra sensación que registra el cambio incesante, os satisface plenamente y es tan real como la mía propia. Todo hombre es la medida del mundo, y si todo hombre tiene su verdad, lo que equivale a decir que todo es cierto, esto mismo significa que nada es cierto.

Al principiar estas líneas decía yo que el doctor Salazar Viniegra es un rebelde por su no contentamiento, y esto lo ratifico, nada más que su rebeldía la aplaudo solamente en cuanto se refiere al disgusto que experimenta por las miserias del pueblo, por las penalidades de los miserables, por el desigual reparto de la riqueza y de la propiedad y por la existencia de desvalidos todavía considerados como parias sociales, y este nuevo Prometeo, este Prometeo moderno encadenado por la realidad, propugna por un mejoramiento del mañana del proletariado. Por esto mi felicitación uniéndome a sus designios, pero en lo que discrepo y condeno es que el procedimiento sea la fuerza, el despojo, y que el medio para conseguir es el que aconseja Bielinsky, “que se sentía capaz de cortar muchas cabezas para que la otra parte de la humanidad fuera feliz”. “Este amor a lo Marat”, como dice la cita, que desea la muerte de media humanidad para que la otra mitad superviviente quede dichosa, en obsequio de la verdad, es piadosa si se le compara con el complejo de Nerón, porque el César quería que toda la humanidad tuviese una sola cabeza para tener la ventura de poderla cercenar por entero.

No, la conquista de ideales por la guerra, no; y a fuego y sangre, no. Yo también pienso, pero por procedimientos pacifistas y no como sembrador de odio, sino de amor, yo también pienso en una ciudad futura para la cual la ciudad antigua de Fustel de Coulanges resulte pálida, yo sueño con una sociedad venidera en que no se borre la propiedad, sino que todos, absolutamente todos, tengan la suya inalienable (las fieras poseen su guarida). Sociedad en que todos tengan sus casas propias e intocables, sin privilegios ni distingos; el culto por sus manes intacto, logrado el trabajo honesto y

desaparecida la explotación, hecha fuerte y vigorosa la progenie y asegurada la tranquilidad de la mujer, así como protegida la vejez y hasta la última morada, la definitiva, estable y no como hoy, en que a veces para los ignorados y para los menesterosos, es la fosa común, en un comunismo macabro el que se ofrece. Ni con unos cuantos metros de tierra pueden contar.

Yo optimista, no pienso que, universalmente, dentro de cada casa se esconde un perseguido en potencia, que por avaricia espera la ocasión para dar el zarpazo; hay una inmensa multitud que humilde en cada uno de sus componentes, no pide más, sino que está conforme con el fruto de sus desvelos y vive una existencia modesta sin exigir más, es la verdadera dicha. Yo no digo que haya ni debe haber el indiferentismo egoísta para aquellos que nos rodean y a quienes el vendabal azota, hay que ayudarlos y, si es necesario el sacrificio, tomar la actitud heroica y santa del renunciamiento propio para provecho y bien de los necesitados, que el acto moral no es de acaparamiento, sino, al contrario, altruista y fundamentalmente de entrega.

Por último, tampoco acepto la opinión de Techniachevsky cuando declara que "toda metafísica idealista o espiritualista es una perversión intelectual y olvido de los sufrimientos del pueblo"; probablemente la perversión es del autor nihilista, y por lo que toca a Pissareff, autor ruso (porque ahora están de moda los autores rusos), por lo que toca a él, cuando exclama que "la estética es un lujo inadmisibles y que no hay más arte que el que sirve para las necesidades reales de la humanidad", Pissareff ignora lo que es arte. Nunca el arte es utilitario, ni práctico, ni cubre necesidades biológicas, sino que es desinterés, contemplación y hasta éxtasis.

Yo voy más allá: no hay que deformar al arte y abatirlo para que lo entienda el pueblo, porque, por una parte, ya no es arte, y, por la otra, parece como que al pueblo quiere seguirsele teniendo en un plano inferior. No, señores, que al pueblo se le eduque, se le exalte, se le haga subir la escala de las grandes transfiguraciones para que intuya lo superior. Ya es mucho tenerlo gran número de horas dentro de las fábricas oyendo el golpeteo de los martillos y de las bielas, lo que no tiene nada de estético, para que se le niegue en sus descansos el olvido de sus preocupaciones, en que el arte, rompiendo las exigencias de la vida, lo transporte a horizontes nunca sospechados por él. Pissareff de hecho suprime el arte para el pueblo. ¿Por

qué éste no puede tener ese lujo si así quiere llamársele? ¿Qué el pueblo sólo ha de estar económicamente contando los minutos que vive y cuánto produce cada uno monetariamente? ¿Y no puede tener oasis de arrobamiento que lo lleve a esferas superiores? Y que no se diga que no entiende, pues muchas veces se nivela con la supuesta "élite" al contemplar una puesta de sol, cuando mira al mar desde sus pobres barcas, cuando canta a su terruño al compás del arado o cuando baila la "guela-guetza" mixteco-zapoteca.

Señores académicos: heme al final de mi cometido, en el que quizá he abusado de vuestra atención. Como habéis notado, el señor doctor Leopoldo Salazar Viniegra y yo cultivamos huertos distintos y nuestros lares son diversos, pero los dos pensamos en un futuro mejor, y, como él expresa, asistimos a una nueva humanidad en gesta. Yo quiero al terminar mis palabras hacer público un desagravio, si lo hubiere, o una plena satisfacción si mis frases pudieran tocarlo en lo más mínimo, porque entonces no estaría acorde yo con los principios que profeso de profundo respeto para el pensar ajeno.

Anhelo que él quede indemne de todo lo que pudiera lastimarlo, antes bien desearía una apoteosis para el bienvenido, porque "la discrepancia de pareceres entre gentes bien nacidas, "non los separa", dice el adagio, "que sí los acapara para su gusto y regalo en sus dares y tomares"; sí, no, no, sí sí, no, no, sí, din, don din don", como las campanas que tocan a gloria.

Señores académicos: yo os pido excusas y sólo os requiero para que consagréis el que un espiritualista, que es vuestro servidor, tienda la mano afectuosa y en estrecho abrazo selle fraternalmente la estima que hay para el materialista firme que a base de limpieza en su origen e intención acaba de llegar.

Y yo tomo el vocablo excelso con que concluye su trabajo: sí, salud. Sí, salud espiritual, salud corporal, salud en el hogar, salud para la patria, salud social. Sí, salud en esta Academia. Salud.

